

EL PUENTE

Angie Chabram

Amá si supieras cómo te echo de menos. A veces cierro los ojos y veo tu perfil tan lindo y esbelto. Me haces falta, mucha falta. Acá en la universidad no encuentro mi lugar. Pareciera que el ambiente y las exigencias múltiples de ser esposa joven y estudiante graduada me asfixiaran y me desorientaran. Hay tan pocos mexicanos por estos lares que nos hacemos bolita y nos ayudamos el uno al otro para poder sobrevivir. Le damos duro al estudio pero hay barreras a cada paso—especialmente para nosotras las mujeres mexicoamericanas que somos de clase trabajadora. Dizque somos minoría entre minoría y las fronteras de esta nueva generación. Total nuestra lucha y soledad se duplican bajo el peso de nuestra labor. ¿Sabes qué? Estamos integrando la universidad así como lo hicieron los afroamericanos en el sur.

A veces este “trabajo” es muy solitario y abrumador. Les echamos de menos a nuestras familias, costumbres, vecindades, y los chistes que nos hacen saber que todo va a estar bien. Cuando me desespero mi único refugio eres tú y la familia tan bonita que creaste como mamá soltera en el valle de San Gabriel. Aunque éramos pobres éramos muy unidos. Siempre estábamos juntos... Estábamos juntos cuando trabajamos en las casas de las señoras limpiando o preparando los lonches para las monjas en la escuela católica. Estábamos juntos cuando planchabas en los barrios de la gente rica y te hacíamos compañía. Estábamos juntos cuando llegábamos rendidas y hambrientas del trabajo y nos sentábamos a comer las enchiladas tan sabrosas que nos esperaban—las que tú sola nos habías preparado. Estábamos juntos cuando

limpiábamos la casa. Hasta la trabajadora social decía que todo estaba muy ordenado y que había paz en nuestra casa. ¿Te acuerdas?

Al ver tu foto en mi dormitorio busco el alivio de los sabios consejos que nos dabas en aquella época que no se aceptaba el liderazgo de la mujer en la casa. También pienso en mi hogar. Amá te confieso que el mío es muy diferente al tuyo. Aunque mi esposo es estudiante también, nuestras vidas siguen caminos muy diferentes. Yo busco comunidad y él quiere estar solo. Siempre está metido en su estudio con la puerta cerrada. Ni mis discusiones constantes con las “viejas” del barrio, ni el corretear de los niños por las escaleras son suficientes para penetrar aquel ambiente, frío, estéril, y cerrado que debiera existir para que él logre ocupar cada minuto y aprenderse de memoria cada fórmula.

La verdad es que él me aburre y empiezo a sentir los quehaceres como un peso inaguantable. En los momentos que me encuentro a solas me pregunto: “¿Cuántas veces he ordenado la casa—incluso los papeles que él siempre deja desparramados por toda la habitación? ¿Cuántas veces le he preparado sus tallarines favoritos? ¿Cuántas veces intento fomentar su sueño de profesor, intelectual, teórico académico? ¿Cuántas veces me he echado días enteros en la cocina en espera de los colegas de él?” Estoy harta.

Yo sé que me enseñaste que la casa tenía que estar limpia aunque los muebles fueran viejitos. Reconozco tu enseñanza y sé que has trabajado mucho en tu vida. Primero trabajaste en los files, luego en la tienda de ropa, luego criando niños y por fin en la fábrica. Sé que tengo que trabajar mucho como tú lo has hecho, pero ahora se me terminan las fuerzas. Todavía me faltan tres capítulos de lectura y siempre hay reuniones en la universidad, pues con todo el lío que se ha armado allí porque subieron la matrícula.

Te imaginas que ahora mis ilusiones diarias se reducen a esta plática: “Si guiso la carne mientras que ponga a hervir los vegetales y el arroz puedo terminar más pronto y así limpio la cocina y salgo más pronto a estudiar.” Aún con esta preparación a veces me entran los nervios cuando se me juntan los quehaceres, me atraso en la escuela y no me rinden las fuerzas para terminar la tarea. Amá escuchame por favor, quiero que sepas que busco cumplir con mis obligaciones pero mi meta no es ser ama de casa o esposa. Quiero conocer mejor mi historia—las fuerzas de la injusticia que están a la raíz de de la discriminación, the pobreza y el maltrato. Pero como dice un escritor muy amado: “Aquí todo va de mal en peor.” (El se llama Juan Rulfo) En vez de progresar me siento como una criada que tiene que servirle a su amo. En vano lo llamo, le digo: “La cena esta lista, apúrate, antes de que se enfrié, ven te hice tu plato favorito... No reniegues, vénte a comer...” Y él, concentradísimo en aquellas figuras pintadas de negro sobre la página blanca, levanta la cabeza lentamente, se quita los lentes y responde: “Ya, ya vengo mi nena, esperad un poco chiquitita, no más me faltan diez minutos de trabajo...” Siempre termina en lo mismo, le digo que la comida se va a enfriar pero él no viene. Y encima de esto me cuenta que lo van a envidiar los otros compañeros de la universidad cuando se dan cuenta de que ha logrado solucionar EL PROBLEMA, LA FÓRMULA, y solo, sin la ayuda de nadie. Me dice que ellos verán que son una manga de pseudo-intelectuales. Y cuando le respondo que es hostil así me responde:

El—Callad, verán que he logrado sobrepasar aquel nivel inferior, aquella atropia que envuelve la chusma general...

Luego sigue la conversación:

Yo—Llegamos a lo mismo. ¿No ves que me estás insultando? ¿No

crees que la ciencia es parte de la sociedad? ¿Qué los científicos son personas con ideologías?

El—Ya te han lavado el cerebro a vos, pero ya verás, si seguís en lo mismo vas a terminar peor que los demás. No es que vos sos estúpida, escuchad bien, vos sos más inteligente que ellos. No destruyas tu profesión por el dogmatismo.

Yo—Pero lo que digo nos es dogmático, es que hay injusticia...

El—No te dejes llevar por ideologías, nenita. ¿Cuántas veces hemos estado sin plata, sin pan, sin un quinto. Y entonces, ¿dónde estaba la colectividad? Aléjate de las malas compañías, aquí cada uno se las arregla como puede... Si las cosas andan mal, pues yo tampoco soy reaccionario, yo salí a las calles, me opuse a la dictadura, pero era solamente una etapa, entendés vos, solamente una etapa.

Yo—Estoy rendida, tengo mucho trabajo que hacer. ¿No me puedes ayudar con los platos? Pues con tal de que se nos descompuso el carro y me vine con los paquetes desde la Safeway...

El—Si, nenita, después de las noticias de las diez...

Yo —Bueno, me voy corriendo...

A solas pienso: “Írme, írme, sí, pero en el frío de la noche y sin un centavo, ¿a dónde me voy? Si me voy quién se ocupará de la casa y los biles? ¿Cómo me voy? No soy rica. ¿Cómo vivo? Ni modo, ahora lo que tengo que hacer es estudiar, írme a trabajar”.

Por fin salgo para la universidad y llego a mi oficina. Al hacerlo siento un gran alivio. Tengo mis libros y mi pupitre y estoy lejos de las presiones de la casa. Rápido me dedico a la lectura asignada. Empieza así: “La historia de los mexicanos en los Estados Unidos se caracteriza por un continuo proceso de proletarización que comenzó desde antes de la guerra imperialista de 1848” (David Maciel, *La Otra Cara de Mexico: El Pueblo Chicano*). Intento fijar la visa en la oración que sigue pero mis ojos no se mueven de aquella frase, “un continuo proceso de proletarización.” Intento resumir mi lectura pero no puedo. Sigo pensando en eso de la “proletarización” y concluyo que a lo mejor por eso los mexicanos en los Estados Unidos somos tan pobres. Ya sé es que nuestra pobreza es sistemática. Amá, te confieso que a lo mejor la “proletarización” se extiende a los estudiantes de bajos ingresos también.

No te he querido contar que en la escuela la duda me persigue. Quiero ser profesora pero cómo lo hago si soy igual de pobre que antes. Y la matrícula es carísima. Nadie lo sabe pero desde el momento en que ingresé a la universidad me hago esta misma pregunta. Además en la escuela las otras muchachas, las del “in-group”, no tienen estos problemas. Usan palabras bonitas que muchas veces no se entienden. Visten como las mujeres profesionales del banco y tienen un aire de confianza. Al mirar mis trenzas largas y jeans rotos a veces siento un poco de vergüenza en la clase. En momentos así me acuerdo de todo el esfuerzo que hiciste para que tus hijos estudiaran. Y también pienso en aquel dicho que siempre repetías cuando queríamos algo. Decías: “Mona vestida de seda mona queda”. Pronto se me quita la vergüenza y me enderezco y sigo adelante. Además sé que hay unas dos o tres por allí como yo, de padres trabajadores.

Tú ya estas empezando a entenderme, ¿verdad amá? Me alegro porque muchas veces los familiares piensan que los problemas de los estudiantes terminan cuando los aceptan a la universidad. Y nosotras sabemos que hay mucho

camino para recorrer después de esto. Ya te dije que en mi caso los conflictos de casa junto con la enseñanza de la universidad han hecho que mis intereses como mujer cambien. Pero esto no significa que no sufro. Ante el temor a la soledad y el miedo de la separación te confieso que siento un dolor muy personal. Me hago muchas preguntas. ¿Cuántos años de sacrificio? ¿Cuántos “te quiero” y abrazos perdidos en la rutina del trato diario? ¿Y todo para qué? No es por nada que la imagen del divorcio es el corazón roto.

A pesar de todo yo creo que tenía razón la rusa Alejandra Kollontai. Ella dijo que para la mujer antigua, “el dolor más grande era la traición o la pérdida del hombre amado.” Y dijo que para la mujer nueva el dolor más grande “es la pérdida de SI MISMA, la renuncia a su propio “yo” sacrificado...” (Kollontai 2015). A lo mejor tú entendiste esto al convertirte en madre soltera después de tu divorcio. Yo apenas empiezo a entenderlo.

¡Por Díos amá se me hace tarde! Pronto pasa el bus y si corro apenas lo alcanzo. No va a ser fácil, tengo la mochilla llena de libros pesados recargando sobre mi espalda y aún me falta cruzar el puente. Acierto: En medio camino me tengo que parar a ver si puedo recuperar mi aliento. Luego me encuentro con una señora con mercado que parece ser ama de casa. No sé porque su presencia me provoca repetir mecánicamente la lista de tareas que me esperan: limpiar la cocina, hacer los tesitos, lavar la ropa. De repente me olvido de mi prisa y me detengo en medio camino. Corto mi plática con este grito: “¡No quiero sacrificarme!” Y como si nada se borran las repeticiones de la mujer antigua de mi mente y surge otra expresión.

Por fin me encamino a la parada. Es agradable la iluminación tibia de las luces del autobús sobre mi cara. Antes de abordar miro brevemente al puente donde me imaginé a la mujer nueva y le dije “no” a la vieja. Subo los escalones

y repito: “Tengo que saber cómo dar el paso, llegar de un extremo a otro, encontrar un destino nuevo, cruzar de nuevo el puente”. Sé que todavía me falta mucho camino que recorrer pues como dicen nuestros compatriotas: “Del dicho al hecho hay un gran trecho”.

References

Kollontai, Alejandra. (2015). “La Mujer Nueva,” <http://www.old.cjc.es/wp-content/uploads/2010/01/la-mujer-nueva.pdf>, Nov. 10, 2015.